

ca un poco, inclinándose hácia dentro, hasta formar una especie de concha, bajo la cual se alberga un hombre, sentado sobre ocho toneles de vino, con que va por



Mujer de la campiña de Roma.

la ciudad surtiendo las casas y las tabernas. Para que todo sea raro en este vehículo, el caballo que lo conduce lleva *al margen*, es decir, sujeto á uno de

los lados del arnés, un haz de heno, del cual, al par que marcha, puede ir comiendo y come... solo con un *volver de cabeza*.

Entre las campanillas que penden del cuello del caballo se ve siempre una gran medalla que representa á la *Madonna*...—¡Estraña devocion!

Todo esto he visto en el *Corso*, y además muchas tiendas de pinturas y esculturas (bastante malas), copias de los primeros prodigios del Vaticano, hechas indudablemente por tanto y tanto artista de remotos países como viene á estudiar y á morir de hambre á Roma.

¡Oh!... cuántos heroicos poemas de amor al arte habrá detrás de cada una de esas audaces y desacertadas copias!

Esto me hace pensar en nuestro inmortal Ribera, alimentándose de los menbrugos de pan que sobraban de borrar y corregir dibujos en el taller de sus maestros.

Y Ribera llegó al fin... Pero ¡cuántos morirán en el camino!

Aparte de estos almacenes de desluchas peculiares de Roma, veo otros muchos, abundantemente provistos de los comestibles, ropas, muebles y demás efectos que son comunes en toda Europa... Por cierto que he entrado en uno á comprar cuerdas de arpa, creyendo haberlas visto en un aparador, y me he encontrado con que allí no se vendía otra cosa que *fideos*... de diferentes gruesos, eso sí!...—y de aquí mi lamentable error, que ha hecho reir mucho á toda una prole romana.

En cambio, me ha dicho:

—Cuerdas de arpa... las encontrará usted cerca de la *Columna de Trajano*. ¡Y si vieras con qué frescura me daban estas señas!

—¡La columna de Trajano convertida en accesorio de unas cuerdas de arpa! medité yo: creo que mi hermana me agradecerá el regalo.

Y me acordé de aquel diccionario que decía:

NAPOLEON.—s. m. Pieza de cinco francos.—Tambien hubo un emperador de este nombre.

Humildísima vas encontrando esta carta para escrita en la ciudad eterna... ¿no es verdad, amigo mio? Pero ten presente que hasta ahora no he hecho mi entrada solemne en Roma, y que al salir hoy á la calle me habia dejado en el hotel todo lo que tengo de poeta y de artista, por poco que ello sea.—Verás cómo mañana es otra mi manera de ver á Roma y muy diferente la entonacion de mi estilo.

Con que volvamos al *Corso*.—El *Corso*, á pesar de su fama, no es sino una insignificante calle recta, angosta, muy larga, sin árboles, pero con aceras (cosa rara), interrumpida por la *Piazza Colonna*, que se encuentra á su mitad, y adornada de cinco ó seis iglesias y de muchos palacios, algunos de ellos interesantes y hermosos.

En la *Piazza Colonna*, donde se encuentra el telégrafo eléctrico, no he podido menos de ver la *Columna Antonina* que se levanta en medio de ella y que le da nombre.

Aquel solitario monumento fue erigido donde mismo se halla (antiguo *Foro de Antonino*), para celebrar las victorias de Marco-Aurelio,—cuya estatua lo coronaba.

Hoy lo corona una efigie de bronce dorado que representa á *San Pablo*.

La columna mide 103 pies de altura; tiene una escalera interior de 190 peldaños; es de mármol; está cubierta de bajo-relieves, y no se distingue ciertamente por su gallardía.

Tal vez contribuye á hacerla tan pesada, la circunstancia de que hoy se la contempla desde un punto de vista para el que no fue levantada seguramente.—El suelo de Roma ha subido muchísimo desde aquel tiempo, á consecuencia de tanto escombros y ruina como han acumulado los siglos y las revoluciones, y hoy, no solo no campea la *Columna Antonina* sobre eminencia alguna, sino que de su antiguo pedestal quedan aun sepultados 11 pies bajo la codiciosa tierra.

En cuanto á la plaza, la forman cuatro magníficos palacios: el de *Chigi*, el de *Buoncompagni*, habitado por el príncipe *Piombino* (en la acera del *Corso*), el de *Bracadoro* y el de la *Gran Guardia*, donde tienen un *Casino* los oficiales de la guarnición francesa, y cuyo pórtico de mármol blanco está formado con esbeltas columnas traídas de la difunta *Veies*.

En este último edificio se halla establecido el telégrafo eléctrico.

Para mí tiene siempre algo de solemne el acto de poner un telegrama; pero mucho mas lo ha tenido hoy, al ver el nombre de *Guadix* (de la antigua *Acci-colonia gemela* de los romanos); en el libro ó cuadro de las estaciones telegráficas con que se comunica instantáneamente la ciudad eterna; al dirigir desde la capital del mundo mi saludo filial, en visperas de Pascuas, al hogar de mis padres; al pensar que en aquel momento resonaba ya una campanilla eléctrica al pie de Sierra-Nevada, diciendo á los que tanto amo: *Os hablo desde Roma. Felicidad*; al imaginarme la emoción religiosa con que habrá sido allá recibido este mensaje, que ha puesto por un momento en comunicacion material á la corte de los papas con la pobre ciudad cristiana que gimió cautiva ocho siglos en poder de los agarenos; al meditar, por último, en que mi palabra de amor acababa de recorrer toda la Italia, toda la Francia, toda la España, habia cruzado por Florencia, Turin, Paris, Madrid y tantas otras grandes capitales, desdeñándolas y dejándolas atrás, y diciéndolas arrogamente: ¡Paso! ¡paso! ¡Voy á Guadix!

El telegrafista con quien me he entendido, es un pobre conde que habla medianamente el español.—El parte me ha costado 70 reales.

La moneda española es la mas corriente en Roma, cuyo sistema monetario es igual al nuestro en las piezas de plata.—Nuestro duro de 20 reales hace las veces del *scudo* romano: la *peseta* equivale al *papetto*, y la pieza de dos reales corresponde al *paolo*.—En las monedas de cobre hay diferencia, pues se ajustan mas al sistema francés. El *papetto*, como el *franco*, se divide en veinte sueldos (*bajocchi*).—Un real tiene, pues, cinco *bajocchi*, representados por una enorme pieza de cobre. Además hay monedas de dos *bajocchi*, de un *bajocco* y de medio *bajocco*.—Las monedas de oro mas corrientes son el *doblon* (*dor-*

*pia*) que vale 64 reales y un *bajocco*; el *zequin* (*zecchino*), que vale 81 reales, y la pieza de *cinque scudi*, que no es sino nuestra moneda de cinco duros.—Para que lo sepas.

Antes de poner el parte telegráfico, he estado en el correo, lo que me ha colocado en la dura necesidad de ver el gigantesco y sublime pórtico del *Pantheon* y la plaza de *Monte-Citorio* con su grandioso *Obelisco*... Pero te juro que apenas he mirado de reojo estos monumentos...—Si me hubiera parado delante del *Pantheon*, adios, correo; adios, telégrafo; adios, cuerdas de arpa; adios, todo!—No: no los he visto: no he querido verlos.—Ya los veremos de la manera que se merecen.

En el correo hablaban tambien español: allí tenia detenidas una multitud de cartas y periódicos; pues hace un mes que mi familia, tú y mis amigos me creéis en Roma, lo que quiere decir que en todo ese tiempo no habia recibido noticias vuestras.

¡Oh!... si supiérais cuán grato es al que viaja por tierra extranjera recibir en cada pueblo el saludo de la patria, de la amistad, de la familia ó del amor... sembraríais de cartas todo su camino!—Hasta aquellas que os hubieran sido indiferentes, sino enojosas, en otras circunstancias, adquieren un valor inmenso recibidas en suelo extraño...—y no lo digo por lo muy caro que se paga el porte en Roma.

Al tiempo que despachaba esta tarde los demás asuntos previos que te he indicado, he visto ó mas bien tenido cerca de mí otros muchos monumentos de celebridad universal; pero tampoco los he mirado, llegando á veces á cerrar los ojos para no verlos.—Yo no gusto de abrir los libros por cualquier página ni de leer el desenlace antes que el argumento.—Así es que esta tarde solo he consagrado mi atención á la Roma del siglo XIX, á la capital corriente, si se me permite esta frase; á la ciudad de los vivos... complaciéndome en examinar las tiendas, en estudiar el carácter de las gentes, el averiguar el precio de las cosas, y en otras operaciones por el estilo.

Y así es que puedo participarte que en Roma no hay industria alguna; que todo lo que se vende en sus almacenes es francés ó inglés; que la vida es aquí muy barata; que sin embargo, á cada paso encuentra uno un mendigo; que á estas horas he tenido ya el gusto de ver frailes de todas las órdenes y de todos los hábitos; que todos los teatros de Roma están todavía cerrados, pero que dentro de cuatro dias (el segundo de pascua) se abrirán al público muchos de ellos, pues (Dios sea loado) en el dicho dia principia *Carnavalone*; que los carteles del *Teatro Albert* anuncian para entonces la *Presa di Tetuan* (la Toma de Tetuan), á la que no faltaré seguramente; que en el *Teatro Apolo* hay una gran compañía de ópera, en la cual conozco á algunos cantantes, entre ellos á mi amigo Bartolini; que pasado mañana es Noche-buena y oiremos la Misa del Gallo en *Santa María la Mayor*; que el Papa está bueno y celebrará de pontifical en San Pedro el dia 25; que los seglares creen que el poder temporal caerá en Gaeta, si los franceses retiran de allí su escuadra; que un comerciante me ha dicho:—

«Ha hecho usted bien en venir este año á ver una gran ceremonia en San Pedro; pues el año que viene, la Sede Apostólica se encontrará en otra parte;» que en el gabinete de lectura que he visitado no he encontrado mas periódico español que *La Esperanza*, ni otro lector en las tres salas de que se compone, que un cura español de quien ya soy amigo; que allí he leído parte de un discurso de Gonzalez Bravo; que en la Plaza de España hay una terrena donde se venden excelentes cigarros habanos; que en los buenos *restaurands* se encuentran esquisitas ostras; que el marqués de Miraflores, recientemente nombrado embajador de España cerca de la Santa Sede, llegará á Roma dentro de pocos dias; que mi amigo y hermano en las musas (menos esquivas con él que conmigo) Amós Escalante, se encuentra hace dias en esta gran ciudad; que me será fácil conseguir que S. S. Pio IX me conceda una audiencia, y en fin, que el *Coliseo*, el *Foro*, las *Catacumbas*, las *Termas*, el *Capitolio*, la *Roca Tarpeya*, los *Columbarios*, el *Palacio de los Césares*, etc., etc., existen todavía y me esperan en sus sitios, de modo que con solo dar algunos pasos podré verlos...

¡Qué perspectiva de goces, de entusiasmos, de admiraciones y de asombros! ¡Qué mundo de nuevas, de únicas, de supremas maravillas en torno mio! ¡Qué dias tan grandes y tan deseados me aguardan!—Mi corazón late violentamente, solo con la expectativa de tan hondas emociones!

Abrumado, pues, por el cúmulo de mis esperanzas, me he refugiado en el *hotel* y te he escrito esta carta, que debes tolerar pacientemente, como toleramos todos la confusa algaravía que mueven los músicos de una orquesta cuando templan y armonizan los instrumentos antes de principiar la sinfonía.

Hasta mañana.

### III.

El Coliseo á la luz de la luna.

El mismo día 22—á media noche.

Guárdame el secreto, amigo mio.—Mi alma se ha escapado esta noche del hotel donde la tenia prisionera, y ha recorrido á la luz de la luna las ruinas de la antigua Roma!—Que no lo sepa la *Basilica de San Pedro*. ¡Que no lo sepa yo, el peregrino cristiano!

Eran las nueve de la noche; el cielo se había despejado, y la creciente luna tendía su manto de plata sobre la silenciosa ciudad... Una tentación irresistible se apoderó de mi alma... ¡Había oído hablar tanto de ello! ¡Lo había soñado tanto! ¡Era el momento tan oportuno!—Todo se reducía á un viaje de dos millas, en coche; á un peligro mas ó menos; á un poco frio... Pero en cambio vería el *Coliseo* al fulgor del astro de las ruinas, turbaría el sosiego de cien generaciones, evocaría sus sombras y sus recuerdos!

Vana fue la resistencia que me opusieron mi amigo y mi razón; en vano se

me habló de ladrones y se me anunció que las afueras de Roma estarían intransitables á consecuencia del hielo y de la nieve de estos dias: en vano me arguyó la pereza, protestó la conciencia y me miró asombrado el cochero á quien le dije en la plaza de España, despues de sentarme á su lado en el pescante: ¡*Al Coliseo!*... ¡Todo fue en vano!—La suerte estaba echada. El alma había recobrado su imperio sobre los sentidos.

Y héme aquí ya de vuelta.—¡Oh, lo que he visto!... Para no fatigarte con largas declamaciones, te lo diré sumariamente.

—¡He visto á *Roma!*... á la Roma ideal, á la Roma de la historia, á la Roma de la poesía.—Las sombras de muerte que encubren la antigüedad, se han disipado á mis ojos... y ha habido un momento en que me he creído trasportado á los primeros siglos del imperio, al origen del cristianismo.—He temblado, he llorado, he murmurado, en fin, una plegaria en aquellos sitios que representan la agonía de un mundo y el nacimiento de otro.—¡Noche inolvidable! Todas las tempestades de lo futuro no bastarán á oscurecer en mi memoria la tibia claridad con que tu luna bañaba de melancolía los restos del naufragio de las edades paganas.—¡Espectáculo sublime!

Pero bueno será que recordemos por su orden todos los pormenores de esta solemne expedición.

Partí, como te he indicado, de la Plaza de España, encaramado en el pescante de un coche de alquiler, al lado del auriga.—Desde aquel humilde, pero eminente puesto, dominaba perfectamente el camino que seguíamos.

Hacia un frio espantoso. El cielo estaba despejado como siempre que escarcha. La luna parecía un témpano de hielo.

Las calles que recorríamos se hallaban sumergidas en densas tinieblas y funeral silencio. El alumbrado de gas no ardía, y la luna daba ya solo en el último tercio de las casas que miraban á poniente. La atmósfera helada carecía de diaphanidad, y la transición de la blanca luz á las negras sombras era violenta, súbita, fantástica á sumo grado.

El cochero tomó por unas calles angostas y desiertas. A veces pasábamos bajo altos edificios, cuyo nombre me guardaba muy bien de averiguar... ¡sombrios fantasmas á quienes preguntaba solamente si eran cristianos ó gentiles; y esto con una rápida ojeada, que las mas veces me dejaba en duda...!

Entre ellos recuerdo algunas recias y altísimas columnas, ennegrecidas por los siglos, incrustadas en casas modernas, ó por mejor decir, algunas casas modernas apoyadas en seculares columnas... ¡Melancólica alianza de las dos Romas!

Así seguimos por intrincadas calles, (que, según el cochero, acertaban el camino); así fuimos dejando atrás barrios y barrios;—unos en que todavía se notaban señales de vida, á saber; ténues hebras de luz á través de las grietas de los muros y de las hendiduras de las puertas y ventanas;—otros en que ya no se percibían luces algunas, pero cuyos edificios dejaban también adivinar (no sé por qué) que detrás de sus paredes había gente entregada al sueño;—y otros